

Opiniones del Presidente De los Obispos Chilenos

Los datos obtenidos en la encuesta preparada por el Centro Bellarmino nos llevaron hasta el presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor José Manuel Santos, para sostener con él una amplia entrevista. Él piensa que a la luz de este trabajo, el juicio que existe sobre la acción pastoral de la Iglesia "es bastante más favorable de lo que muchos afirman".

"Para algunos, el Cardenal era universalmente odiado; la encuesta muestra lo contrario", señala:

Y luego analiza los demás resultados: Algunos fenómenos son muy antiguos. Una encuesta realizada por mí aquí en la Diócesis, revelaba una ignorancia religiosa superior a la indicada en la encuesta. Ella revelaría que los porcentajes de conocimientos van mejorando. De todos modos, es claro que hay una deficiencia enorme. A ello se debe todo el énfasis que se está poniendo en la catequesis. En los últimos años se ha hecho un esfuerzo grandioso. Nada de esto se dice en los diarios. La razón es clara: Eso no es noticia. Es cierto que nos ha tocado ser la voz de los que no tienen voz. No lo buscamos, ni lo queremos. Ojalá otros puedan hablar con igual eficiencia. Evidentemente que nos dedicaríamos más a otras tareas. Si la historia de nuestra actividad pastoral debiera escribirse en base a lo que aparece en la prensa, sería muy distinta de la historia que escribe Dios y que es la única que en el fondo interesa. No culpo por ello a los periodistas. Es natural que publiquen lo que interesa a los lectores. Es cierto que un alto porcentaje de católicos considera chocante que un sacerdote se entrometa en política (yo me contaría entre ellos)

Reconciliación

Cuando asumí por cuarta vez la presidencia de los obispos en la Conferencia Episcopal, dije que el problema que más le preocupaba era el de la unión de los chilenos. Por eso resultaba también particularmente interesante conocer, en estos momentos, los puntos de vista de Monseñor José Manuel Santos acerca del llamado a la unidad que pronunciara el Presidente Pinochet después del plebiscito del 11 de septiembre pasado. Durante este mes de octubre, precisamente, se reunirán los obispos de todo el país bajo la presidencia de Monseñor Santos para hacer el análisis de aquel acto y "trazar las líneas que le corresponderá seguir a la Iglesia durante este período de nuevas características para el país". Será el primer encuentro que sostengan después de aquel que dio origen a la declaración episcopal sobre las normas que debería contemplar el plebiscito para que, a juicio de la jerarquía eclesial, fuese lícito.

Sesenta y cinco años, obispo de Valdivia. Monseñor José Manuel Santos nació en Llayllay y se ordenó sacerdote en 1938. Estudió en el Colegio Pío Latino, en Roma, donde fue compañero del Cardenal Primatesta, presidente de la Conferencia de Obispos de Argentina ("él es tres años menor que yo, pero somos amigos; nos tuteamos y esto ha sido importante para el tono de las conversaciones que nos ha tocado mantener con motivo del conflicto limítrofe y la mediación papal").

Posteriormente se licenció en Teología y Derecho Canónico en la Universidad Georgiana, fue profesor de francés, español y latín en el seminario de San Rafael y de Filosofía en el Colegio Episcopal. Otras instituciones en las que ha ejercido como profesor han sido la Universidad Católica de Valparaíso y la Academia de Guerra Naval, donde tuvo entre sus alumnos al almirante Merino.

En efecto, las palabras presidenciales de unidad y reconciliación lo han tocado en lo más íntimo. "Este es un tema esencialmente religioso —señala—, puesto que la reconciliación es la expresión de la caridad y la caridad es el término cristiano de la palabra amor". Agrega que "es nuestro papel en la Iglesia promoverla y predicarla, pero en su verdadero sentido, no "a lo compadre". Para concluir que "la unidad hay que construirla sobre la base de una transformación interior en la cual todos tenemos que cambiar, porque nadie puede decir que no tiene ninguna falta".

Iglesia y gobierno: tareas

—¿Cómo es esa diferenciación que usted hace entre la reconciliación "a lo compadre" y la verdadera?

—No todos los católicos lo entienden bien, pero la caridad en el sentido cristiano implica amor a Dios, lo cual no es una declaración afectiva o romántica, sino un compromiso de vida, ya que en el cristianismo, el amor al prójimo está íntimamente unido con el amor a Dios. La reconciliación, entonces, implica una relación de amor muy grande que supone la vuelta atrás de dos personas. No se puede hacer ahora, borrón y cuenta nueva, prescindiendo de cuanto ha ocurrido en el país en los últimos años.

Y hacia estos últimos años, Monseñor Santos es bastante crítico. Piensa que mucha gente ha sufrido, que ha habido sacrificios mal compartidos y que se ha producido una concentración de la riqueza. Agrega: "Yo creo que realmente el Gobierno quiere buscar la unión de todos los chilenos. Pero para eso no es cosa de que aplique el marco de la ley con toda fuerza..."

—Y en esta actitud conciliadora, ¿en qué puntos cree usted que la Iglesia tendría que recapacitar?

—La Iglesia no se siente peleada con nadie. Critica cuando algo le parece falso o injusto. Nada más. Conserva el afecto con todos, incluso con los discursos, para usar la expresión de San Pablo. A nivel de jerarquía, no creo que debamos enmendar rumbos. Hemos hablado cuando ha sido necesario, nos hemos mantenido dentro de lo que nos pide el Concilio y el Papa y cuando alguna prensa chilena quiso servirse de las palabras que el Papa dirigió a los obispos en Roma para acusarlos de intervenir en política, fue el propio Papa —hecho insolito— quien se encargó personalmente de nuestra defensa y ello en dos ocasiones distintas. Creo que en la actitud de algunos sacerdotes habría cosas que enmendar. A veces hay actitudes que se prestan a una confusión entre la misión de la Iglesia y una actitud con consecuencias políticas.



Monseñor José Manuel Santos; "Fuimos compañeros de estudios con el Cardenal Primatesta"

¿No se ha hecho nada bueno?

—Los católicos que consideran acertada la conducción que este Gobierno hace del país se sorprenden de que sus obispos nunca reconozcan nada de lo avanzado y que, en cambio, estén siempre tan prontos para criticar lo que les parece mal. ¿Es qué nada de lo que se ha hecho en estos siete años les parece bueno?

—Esa observación la encuentro infantil. Yo nunca le dije a mi mamá que le agradecía mucho lo que me quería. Encuentro tan normal que una madre quiera a su hijo que nunca me llamó la atención que me quisiera. En cambio, cuando me daba un castigo si que me dolía. Nosotros no tenemos por qué ponerle nota al Gobierno en cada cosa. Lo normal es que las personas sean buenas; lo normal es que sean malas. Uno no llama todos los días al empleado que no roba para felicitarlo por eso; incluso el empleado se sentiría muy ofendido si así lo hiciéramos. Por eso, cuando se llama la atención es cuando hay algo que enderezar.

Efectos de la declaración episcopal

—Ya con más perspectiva de tiempo, ¿cuál es el balance que usted hace del efecto que tuvo la declaración episcopal emitida previamente al plebiscito?

—Pienso que hubo gente que con la declaración abrió los ojos los hizo reflexionar. Esos son los más maduros y serios. Hubo otros que quedaron furibundos y que consideraron que era una intervención de los obispos en política. Esos no tienen remedio, porque no entienden cuál es el campo de la Iglesia. Ahora, frente a organismos oficiales, la declaración no sirvió absolutamente para nada. Basta comparar las posibilidades de difusión que tuvieron las alternativas Sí y No.

—¿Diría usted que la oposición no tuvo oportunidad de dar a conocer sus puntos de vista?

—Por lo menos, por televisión, no. Porque el único canal que llega a todo el país es Televisión Nacional, que no les dio cabida, y la Universidad Católica le pidió a la Democracia Cristiana 170 mil dólares por 10 minutos de transmisión.

—¿Y por qué la DC va a reclamarle a la jerarquía de la Iglesia por eso?

—No, simplemente se metió la mano al bolsillo, vio que no tenía dinero y dejó las cosas ahí. Pero el precio que les pidieron era una forma bastante elegante —de acuerdo con la política de mercado actual— de decir no.

Y eso no es ni moral ni honesto. ¿Hasta qué punto obligaba esta declaración episcopal a los católicos a estar de acuerdo con ella?

—Hay que entender que se reunieron todos los obispos de un país, que se consultaron todas las fuentes que

se pudieron consultar, de todas las orientaciones posibles. Yo no puedo revelar nuestras fuentes, pero tuvimos juicios de gente muy adicta y colaboradora con el Gobierno. Cuando nos decidimos a hacer una declaración, no era un juego de niños; los obispos estábamos refiriéndonos a cosas de ética. Ni siquiera quisimos entrar en la parte jurídica de la Constitución. No dijimos cosas como que ocho años para Pinochet era mucho, que con dos habría estado bueno, por ejemplo. Pero si nos referimos a un problema ético: qué condiciones de consulta eran necesarias para que tuviera seriedad. Ahora, yo no puedo decir que porque no se dieron esas condiciones la Constitución no vaya a ser vinculante u obligatoria.

—Hay quienes opinan que hubo un aprovechamiento de la declaración de los obispos por parte de la oposición al Gobierno, desde el momento en que hasta los comunistas dijeron sentirse interpretados por ella.

—En cuanto yo conozco, la declaración episcopal fue aprovechada en sentido correcto. Pero efectivamente los comunistas ahora nos halagan, buscan una unión con nosotros porque les conviene. Es la táctica que han llevado a lo largo de todo su desarrollo político, eso lo sabemos. Y también sabemos que el día que puedan, a los primeros que van a cortar la cabeza será a nosotros. Pero no por eso yo voy a dejar de decir lo que debo. Por el uso que se va a hacer de las palabras uno no puede callar.

Contactos Iglesia-Estado

—¿Y usted cree más en la denuncia pública de la Iglesia que en los contactos privados, en este caso con el Gobierno, cuando hay puntos de divergencia?

—Ese es un tema que se puede discutir mucho, si vale más la pena hablar en público o en privado. Yo, tal vez, la mayoría de las intervenciones las he tenido en privado.

¿En qué se ha traducido el traslado que el Gobierno hiciera de la mantención de relaciones Iglesia-Estado al jefe del Comité Asesor?

—Yo no he tenido ningún contacto con el jefe del Comité Asesor; general Guillard, salvo una carta que me mandó como obispo de Valdivia, no como presidente de la Conferencia Episcopal y que yo, naturalmente, le contesté. Las referencias que tengo de él son muy buenas. Pero algunos trámites los he hecho por otras instancias que encuentro más cercanas al Presidente y que han sido eficaces.

—¿Son buenos, entonces, los canales que la Iglesia tiene para comunicarse con el Gobierno?

—Siempre han sido muy buenos y rápidos.

—Y las relaciones mismas entre Iglesia y Gobierno, ¿cómo las visualiza usted actualmente?

—Yo las encuentro delicadas. Muy frágiles.

El Cardenal Primatesta y su viaje a Chile

—¿Cómo ve usted la designación que el Papa hizo en la persona del Cardenal argentino Primatesta como su enviado a Chile a la clausura del Congreso Eucarístico?

—La encontré una designación acertadísima. Algunos creían que vendría una persona de Roma, Honradamente yo lo veía con menos entusiasmo. Pero que haya elegido al Cardenal Primatesta es una forma de buscar un acercamiento entre Chile y Argentina y promover un diálogo entre los obispos.

—Se ve mayor actividad de los obispos argentinos en el problema de la mediación que de los obispos chilenos. ¿Cómo aprecia usted esto?

—Yo siempre he dicho que ellos han trabajado más eficazmente, que lo han tomado más en serio, quizás porque ven el peligro de la guerra con mayor alarma que nosotros. Recuerdo, por ejemplo, que cuando estuvimos en Brasil con ocasión del encuentro del Papa con los obispos latinoamericanos, Primatesta me tomó de la mano y me dijo: "Vení, che, vamos a saludar al Papa". Yo le dije que acababa de saludarlo, pero él insistió y efectivamente estuvimos un momento con Su Santidad, que nos dijo que estaba muy preocupado con la mediación y esperaba ser eficaz.

Divisiones en la Iglesia

Muchos católicos chilenos piensan que la Iglesia en nuestro país está dividida y están preocupados por eso. ¿Coincide usted con ellos?

—Sí, la Iglesia está dividida.

¿Y si hay división, no se impone una reconciliación?

—Sí, pero vuelvo a decir, que no puede ser una conciliación a lo compadre, sino en la verdad dentro de las normas de la Iglesia. Hay gente que se irrita en los templos y sale gritando porque se lee una declaración de los obispos que consideran que es política. Usan esa expresión tan fatal de que la Iglesia está para salvar las almas. Eso es cierto, pero las almas no están separadas del cuerpo y es la unidad la que hay que salvar. Se nos ha criticado a los obispos porque nos metemos en lo jurídico. Pero, ¿lo jurídico está al margen de la moral? Ese argumento es propiamente comunista. Y también es errado el pensamiento de que la economía está al margen de la moral; eso es lo que sostuvieron los liberales y su doctrina fue condenada por la Iglesia.

—Pero Ud. como presidente de los obispos, ¿cómo siente en lo personal la división de la Iglesia chilena?

—La Iglesia no es un partido de fútbol en que los jugadores estén divididos entre sí. Su misión, por el contrario, es evangelizar a todo el mundo e ir incorporando a todos a ella.

El Concilio Vaticano II produjo en mí un cambio muy grande en este sentido. Durante años, yo comparaba a la Iglesia con una barca y creía que el ideal era meter a toda la gente dentro de ella para que se salvara. El Concilio me cambió esa óptica. Siempre he seguido comparando a la Iglesia con una nave y creo que es la nave de la salvación. Pero las personas no se salvan necesariamente echándose dentro de la nave, porque hay gente que por diversas causas nunca va a entrar en ella. En cambio, la barca es un símbolo y mucha gente se puede salvar mirándola. La Iglesia, por lo tanto, tiene una misión esencial que es el anuncio total del mensaje de Cristo que llega en diversos niveles: directamente o a través del ejemplo. El problema de la división es secundario frente a esto. A mí me preocupa y creo que tengo que buscar la unidad. Pero hay que llegar a la unión sobre la base de cosas objetivas. Y mucha gente que se sale de los templos está equivocada. Yo no puedo buscar la unión, por ejemplo, con un señor que pague mal a sus obreros, mientras él no se dé cuenta de que hay una distribución que no es equitativa.

—Y esa Iglesia ejemplar de la que usted habla, ¿cree que se está dando en el caso de la chilena?

—La Iglesia ideal está solamente en el cielo. Yo tengo que tratar que todos los representantes de la Iglesia chilena seamos ejemplares, pero eso no significa que lo seamos.

—¿Y cómo deben tomar los católicos las diferencias de criterio que se advierten en los puntos de vista que expresan incluso los distintos obispos?

—No creo que haya divisiones entre los obispos ni en problemas pastorales, ni de fe, ni morales. Sobre algunas apreciaciones de hechos contingentes puede haberlas. El análisis que yo pueda hacer del plebiscito puede ser diferente de lo que piense otro obispo. Es una interpretación de un hecho absolutamente contingente. Pero no creo que estemos divididos para juzgar que es una inmundicia el computar por Sí un voto que marcaba No. Y eso sí que es importante.

Entrevistó: Pilar Vergara